

SOKAMUTURRA

Desde muy crío me tiraban a mí los toros. La afición a los toros, claro está, porque esa impresión y esas angustias de muerte de verme derribado, volteado y pisoteado por un "elefante" con cuernos, no la experimenté hasta ya mayorcito.

Mi padre era un furibundo "fuentista" y sentía una gran afición a los toros. Hablaba de toros y de toreros a la mañana, al mediodía, a la tarde, a la noche y a la mañana siguiente... Y a mí me contagió la afición aunque no el "fuentismo". Yo era "machaquista". Cuando aún muy niño, me preguntaban qué sería cuando llegase a hombre, indefectiblemente contestaba: "Machaquito". Jamás se me ocurrió decir que iba a ser "tranviero", carnicero, alguacil... Yo iba a ser Machaquito, ni más ni menos. Eso del "tranviero" y tal, quedaba para los otros críos.

Me compraron una montera, un capote y un estoque. Aún recuerdo la alegría que sentí el día que me regalaron aquellos trastos. Después de pasarme todo el día toreando sillas, mesas y cuanto se me pusiera delante, dormí con la montera puesta, el estoque sobre la mesilla de noche y el capote haciendo de edredón.

Muy a menudo teníamos clase de tauromaquia y cuando la dábamos por terminada me sentía más satisfecho que el "Gallo" después de una faena redonda. Me consideraba muy buen torero, ya que nunca sufría cogida alguna, y si la sufría no tenía mayores consecuencias que las de verme muy cerca de la bombilla que alumbraba la "plaza" alzado por los "cuernos" del "toro", que era al mismo tiempo el que daba instrucciones al "torero". Cuando descendía de aquellas alturas, corría a esconderme detrás de la abuela que, sentada en una silla, era el burladero obligado.

Pasaron aquellos años felices y la afición crecía. Unos amigos de Pamplona me invitaron a pasar las fiestas de San Fermín en su compañía y allí me fui. Tenía grandes deseos de ver los famosos encierros sanfermineros, y los ví. No sé si en mala o buena hora. Aquello era sencillamente impresionante. Aquellas estupendas y escalofriantes carreras, que presencié varios días y de distintos lugares del recorrido, hicieron que sintiese una gran admiración por aquellos valientes de magníficas piernas que corrían muchas veces mezclados con los toros. ¡Y qué toros y qué cuernos!... Y vino el pensamiento malo: "¿Qué es la sokamuturra de mi pueblo al lado de esto? Un juego de niños".

Se acabaron los "sanfermines" y se acercaban las "magdalenas" con sus tradicionales sokamuturras.

"Este año corro en la sokamuturra", me dije para mis adentros. Iba a poner en práctica la mala idea que me asaltó en Pamplona. "Total, un juego de niños".

Llegó el día. A las seis y media de la mañana, muy fresquito y muy sereno, ya me encontraba frente al matadero viejo en compañía de un amigo. Apareció "Sorrotz", con bastante mal humor por cierto, trayendo sobre el hombro una gran cuerda... Entonces empezaron a temblar un poco mis rodillas. Un minuto antes de la salida del bicho ya me temblaban hasta las orejas. Mi amigo no padecía temblor de ninguna clase, porque, a fuerza de alejarse poquito a poco, sin darse cuenta, se encontró en la cocina de su casa.

Explotó un cohete y... ¡ay, mi abuela!... Aquello no era correr, era volar. Pero el torete tenía cuatro patas y todas le funcionaban magníficamente. En menos de lo que se tarda en decirlo llegué al Ayuntamiento, con una alpargata menos, una rozadura en el codo y con los pantalones pegados al morro del toro. En la Plaza del Ayuntamiento se encontraba bastante gente y pensé —muy mal por cierto—: "Aquí se quedará el toro". Y eché a correr, siguiendo mi carrera, calle del Medio adelante. Paré para tomar aliento y al dar la vuelta para mirar lo que pasaba detrás, ¡oh pánico de pánicos!, mi enemigo delante, a tres pasos ya de mí y embalado en un magnífico "sprint"... No sé cuantas cosas pasaron por mi imaginación. Vi mis tripas esparcidas por el suelo, la conducción de mi cadáver, me ví en el otro barrio junto a Joselito, Espartero y Granero, y, como no todo iba a ser visión, para fin de fiesta, sentí una "caricia" cariñosísima en la parte más carnosa de mi cuerpo. Besé un adoquín y luego tres más, porque al bicho, por lo visto, le divertía aquello. Jamás en la dehesa se encontró con nada tan propicio y tan a propósito para cornear y ¡claro!, aprovechó la ocasión. Para postre, me embadurnó la cara con sus babas, probó la solidez de mis costillas, me pisoteó cuanto le vino en gana y, ¡por fin! se alejó. Al doblar la esquina de la calle, me pareció que el toro sonreía irónicamente al tiempo que me guiñaba un ojo. Estoy seguro que decía: "¡Toma juego de niños!"

Con un andar un poco patoso y una cara no muy sonriente, completamente derrotado, llegué una hora después a mi casa donde me recibieron unas caras menos sonrientes todavía. No podía faltar un alma "caritativa" que dejase de presenciar, desde un balcón, mi aventura y proclamarla poco después a los cuatro vientos.

Y aquí terminó "Machaquito". No tuvo valor para sobreponerse a la primera derrota.

Si tuviera que volver a nacer y me preguntasen qué me gustaría ser, contestaría, por si acaso, sin ningún titubeo: "Todo menos Machaquito".

A. S. E.



Planos para patentes de invención.
Modelista y delineante mecánico.

P. OTEGUI

Viteri, núm. 43

RENTERIA

Teléfono 62-72